

Texturas del yo: Vacío y consistencia.

Caamaño, Verónica, San Miguel, Tomasa, Scokin, Milagros, Algaze, Diana y Pirroni, Andrea.

Cita:

Caamaño, Verónica, San Miguel, Tomasa, Scokin, Milagros, Algaze, Diana y Pirroni, Andrea (2018). *Texturas del yo: Vacío y consistencia*. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 18, 27-38.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/veronica.caamano/45>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/paa4/CBs>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Constitución subjetiva: estructura y tiempo

Subjective construction: structure and time

Por Diana Algaze¹; Verónica Caamaño²; Andrea Pirroni³; Tomasa San Miguel⁴;
Milagros Scokin⁵ y Guillermina Ulrich⁶

RESUMEN

El objetivo del presente escrito consiste en investigar la constitución subjetiva desde una nueva perspectiva a fin de abordar las estructuras psicopatológicas, con miras a una terapéutica que incluya una noción de salud acorde a la ética psicoanalítica.

Desarrollaremos el concepto de agujero en la estructura: proponemos que en un primer momento de la enseñanza de Lacan el agujero originario es leído en términos de falta y luego se concibe como un vacío.

En este sentido, realizaremos un recorrido que nos permita argumentar qué se concibe por agujero desde el psicoanálisis y diferenciar distintos tipos de agujeros. Postulamos que el agujero, que llamaremos inicial, requerirá ser redoblado por otras operaciones tanto para vaciarse, como para transformarse en un agujero con bordes. Para ello señalaremos la importancia de diferenciar el concepto de vacío y de agujero, y luego los tratamientos posibles de éste. Por último consideramos que la concepción que se tenga de la estructuración subjetiva tiene consecuencias en la praxis. En este recorrido nos serviremos de algunas nociones de la física para articular el concepto de estructura disipativa y desde allí pensar la orientación analítica.

Palabras clave: Sujeto - Estructura - Vacío - Agujero - Atractor

ABSTRACT

The aim of this paper is to investigate the subjective constitution from a new perspective in order to approach psychopathological structures looking forward to a kind of practice that includes a notion of health consistent with psychoanalytic ethics.

We will develop the concept of hole in the structure: we propose that in Lacan's first teachings the originary hole is read in terms of lack, while in his last teachings it is conceived as a void.

In this sense, we will follow a path that will allow us to argue what is the concept of hole in psychoanalysis and identify the different types of holes. We postulate that the hole, which we call originary, will need to be reinforced by other operations in order to be emptied or to become a hole with edges. And to do that, we will stress the importance of differentiating the concepts of void and hole, and then lay out the possible treatments for the latter. Finally, we consider that the concept that one may have of subjective structuring has consequences for the practice. On the course of this investigation we will use some notions of physics to articulate the concept of dissipative structure and think the analytical orientation from there.

Keywords: Subject - Structure - Void - Hole - Attractor

¹Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Docente Cátedra II. Psicopatología, Titular Doctor Fabián Schejtman. Investigadora UBACyT. Docente y Supervisora en el Hospital Argerich de Buenos Aires. Ex concurrente Hospital Gral. de Agudos Dr. T. Álvarez. E-Mail: dianalgaze@gmail.com

²Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Docente Cátedra II. Psicopatología, Titular Doctor Fabián Schejtman. Investigadora UBACyT. Docente y Supervisora en los Hospitales Braulio Moyano, Montes de Oca y Ramos Mejía de la Ciudad de Buenos Aires. E-Mail: veronicaccaamano@gmail.com

³Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Docente Cátedra II. Psicopatología, Titular Doctor Fabián Schejtman. Colaboradora Docente en la Maestría de. Psicoanálisis (UBA). Investigadora UBACyT. Ex concurrente Hospital Gral. de Agudos Dr. T. Álvarez. E-Mail: apirroni2009@hotmail.com

⁴Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Docente Cátedra II. Psicopatología, Titular Doctor Fabián Schejtman. Docente Práctica Profesional "Clínica de la Urgencia", Titular Doctora Inés Sotelo. Docente en Programas de Extensión Universitaria. Docente en la Maestría de Psicoanálisis (UBA). Docente y Supervisora en diversos hospitales. Investigadora UBACyT. E-Mail: tomasasanmiguel@hotmail.com

⁵Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Docente Cátedra II. Psicopatología, Titular Doctor Fabián Schejtman. Colaboradora Docente en la Maestría de Psicoanálisis (UBA). Ex concurrente Hospital Gral. de Agudos Dr. T. Álvarez. E-Mail: miliscokin@gmail.com

⁶Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Docente Cátedra II. Psicopatología, Titular Doctor Fabián Schejtman. Investigadora UBACyT. Docente en varios hospitales. E-Mail: guilleulrich@yahoo.com.ar

Introducción

“El momento no tiene comienzo ni fin sino que se abre y se cierra; no se define por sus extremos sino que profundizándose se rodea de umbrales y de grados (...) Mientras que todo lapso de tiempo es finito, el momento es algo infinito – es decir, es cuando la vida encuentra su sola dimensión indefinida- es algo inagotable.” (Jullien, 2001: 136).

En tiempos en los cuales se afirma “que el psicoanálisis está muriendo”, el objetivo del presente escrito consiste en investigar la constitución subjetiva desde una nueva y prometedora perspectiva, a fin de abordar las estructuras psicopatológicas con miras a una terapéutica que incluya una noción de salud acorde a la ética psicoanalítica.

El desarrollo de nuestro trabajo tendrá como eje central el abordaje sobre el concepto de agujero en la estructura. La hipótesis que intentaremos fundamentar es que en un primer momento de la enseñanza de Lacan, la estructura se define por estar constituida a partir de un agujero original conceptualizado en términos de falta, lo cual tiene como consecuencia la infinitización de la nosología y psicopatología psicoanalítica. En cambio, a medida que avanza su enseñanza ese agujero de la estructura se concibe en términos de vacío.

En este sentido nos proponemos, por un lado fundamentar la concepción que el psicoanálisis tiene acerca del agujero, y por otro lado, diferenciar teóricamente distintos tipos de agujeros. Postulamos que el agujero, que llamaremos inicial, requerirá ser redoblado por otras operaciones tanto para vaciarse, como para transformarse en un agujero con bordes. Para ello señalaremos la importancia de diferenciar el concepto de vacío y de agujero, y luego los tratamientos posibles de éste. Dicha diferenciación nos servirá de punto de apoyo para luego proponer, desde este sesgo, una nueva lectura psicopatológica de neurosis, psicosis y autismo. Consecuentemente postular el agujero de la estructura en términos de vacío llevará necesariamente a reformular la noción de Otro, de lenguaje como elucubración de saber sobre *lalengua* y de Uno.

Por último, consideramos que la concepción que se tenga de la estructuración subjetiva tiene consecuencias en la praxis, tanto a nivel del diagnóstico como de la operación analítica. En este sentido nos serviremos de algunas nociones de la física para articular el concepto de estructura disipativa y desde allí pensar la orientación analítica en términos de analista atractor.

El concepto de estructura desde la lógica nodal

En los inicios de la obra de Lacan encontramos una continuidad entre la teorización de la estructura psicopatológica y lo que se concibe como constitución subjetiva. La estructura, definida como un conjunto de elementos diacríticos articulados por la diferencia y oposición entre sus elementos, se funda en lo simbólico y tiene su punto de apoyo en la lingüística. Esta argumentación repercute en el modo de conceptualizar la subjetividad ya que la

constitución de la estructura dependerá de la inscripción o forclusión de significantes. El Otro, como batería significativa, será la condición de posibilidad para que se inscriba -o no- el Nombre del Padre como significante primordial, simbólico del que dependerá la conformación de lo imaginario y la delimitación de lo real.

Ya en “El Seminario 5” ubicamos un primer movimiento teórico al introducir la dimensión temporal en la relectura de la función paterna. En el despliegue de los tres tiempos del Edipo Lacan anuda la vertiente lógica y cronológica del tiempo y esto tendrá su efecto en la conceptualización que se hará sobre la estructura, ya que al disolverse la oposición entre estructura y evolución, se abre la vía para cuestionar el concepto de estructura definida desde lo simbólico. Tomaremos tres aspectos de este movimiento: la inclusión del objeto *a*, la distinción entre vacío y agujero, y la re-definición del Otro.

A partir de “El Seminario 16”, el Otro se vuelve inconsistente y se pasa de la lingüística a la lógica de la mano de Gödel, antecedente necesario para arribar a la topología nodal. Se consolida una nueva formalización del sujeto como re-inscripción en el Otro de las trazas que lo constituyen, resultado del encuentro de cuerpos. De este modo la constitución subjetiva se articulará respecto del vacío y no de la falta.

Lacan aclara en este mismo Seminario que “no hay elección”: el sujeto es tanto pasivo como activo y su estructura dependerá de lo que le ha sido ofrecido respecto del goce, el deseo y el saber. Ofrecimiento que le dará, cada vez, la opción de posicionarse con relación al Otro, el otro, y el cuerpo. Movimiento alentador para pensar el tratamiento ya que creemos que esta inconsistencia del Otro genera un nuevo lugar para el analista; ofreciendo una posibilidad para la invención.

Lacan revisa en “El Seminario 19” la dimensión de la demanda y el deseo a partir de la frase “te pido que rechaces lo que te ofrezco porque no es eso”. (Lacan, 1971: 80), y esto tiene como consecuencia especificar el “calce del nudo” situando al objeto como vacío. La homogeneidad de los tres registros tiene como soporte la lógica nodal. Finalmente, en “El Seminario 22” concluye que el nudo es lo real en tanto demuestra lo imposible. Tenemos allí dos vertientes: la mostración en términos de aplanamiento del nudo y la demostración como operación lógica que concierne a lo real que, aunque es lo imposible de escribir, se circunscribe en una escritura de lo posible. De este modo dirá que el nudo es la estructura.

Nos proponemos investigar la noción de agujero como paso imprescindible para redefinir el concepto de estructura, ya que la formalización -escritura de la estructura vía los nudos-, da cuenta del agujero y de lo imposible. Los nudos le permiten a Lacan escribir y formalizar un vacío a partir de la nominación. Al respecto Carlos Ruiz dice: “...al agujero como hecho de la estructura, lo bordeo, ¿bordeo, qué quiero decir? Trazo una línea que en algún sentido bordea este agujero, a partir del cual y en el cual puedo pensar imaginariamente en taponarlo”. (Ruiz, 2002: 15). Y agrega que al agujero se lo puede atravesar, bordear o taponar, pero que identificar agujero con falta

no es más que imaginarizar el agujero. En “lo real no falta nada”, es la incidencia de lo simbólico, de la represión, lo que instauro la falta y también su imaginarización.

Intentaremos, entonces, distinguir dos tipos de agujero; *agujero* en la superficie –será el que delimite la noción de falta-, de *agujero* como propiedad topológica, como “un hecho de estructura”. (Ruíz, 2002: 15). Para ello partiremos de una cita de “El Seminario 24” en la cual Lacan se interroga sobre distintos tipos de agujero: “Si planteo la cuestión de lo que es un agujero hay que tenerme confianza –eso tiene cierta relación con la cuestión. Por intuición, el agujero es un agujero en la superficie. Pero una superficie tiene un derecho y un revés, lo que significa que un agujero, es el agujero del derecho más el agujero del revés. Ahora bien, existe la banda de Moebius, que tiene por propiedad unir el derecho con el revés. ¿Esto es decir que una banda de Moebius es un agujero? Bien tiene el aspecto de ello. Aquí, hay un agujero. ¿Pero es un verdadero agujero?”. (Lacan, 1976: 23).

Lacan apunta en esta referencia a indagar si se trata o no de un verdadero agujero. ¿Qué implica dicha especificación? ¿A qué se refiere con verdadero agujero?

En primer lugar, intentaremos diferenciar el agujero propio de lo simbólico del agujero como puro torbellino, anterior a la constitución del Otro. Para ello vamos a partir del modo en el que Lacan circunscribe una noción de Otro que no es aquella que refiere a la determinación simbólica de un Otro previo al sujeto, sino que se constituye alojando un agujero.

En “El Seminario 10” Lacan se valdrá del toro para referirse a un tipo irreductible de falta, y situará a la misma a nivel de ciertos orificios que no “conllevan el colmamiento del agujero”, su rellenado. (Lacan, 1962: 147). Esto significa según desarrolla Lacan, que no podrían reducirse a un punto: “La falta es radical. Es radical para la constitución misma de la subjetividad, tal como ella se nos presenta en el camino de la experiencia analítica”. (Lacan, 1962: 148).

En principio, podemos resaltar que Lacan habla de falta, en tanto se trata de la incidencia del significante en el sujeto, luego la ejemplifica con la privación, sosteniendo que “La privación es algo real, mientras que la falta, por su parte es simbólica”. (Lacan, 1962: 150), y agrega:

“En esta simbolización, una de las formas posibles de la aparición de la falta es el $(-\varphi)$, el soporte imaginario de la castración. Pero ésta no es más que una de las traducciones posibles de la falta original, del vicio de estructura inscrito en el ser en el mundo del sujeto de quien nos ocupamos”. (Lacan, 1962: 150).

De esto se desprende que hay una falta simbólica, y una falta radical “vicio de estructura”. Ahora bien, ¿Qué distingue esta falta original de un real donde nada falta? En este punto, podemos postular que la falta es ya un modo de tramitar el agujero en lo simbólico.

El Otro será definido en “El Seminario 16” como constituido por un vacío. En tanto el saber es exterior al conjunto de los significantes, la estructura es incompleta

y el sujeto en falta. Aclara: “Este carácter inasible sin duda no debe sorprendernos, ya que hicimos de A el lugar de la *Urverdrängung*”. (Lacan, 1968: 54). Un poco más adelante agrega: “Aquí se ve que esta estructura (...) no es otra que el objeto *a*, en la medida en que el objeto *a* es el agujero que se designa en el nivel del Otro como tal cuando se lo examina en su relación con el sujeto”. (Lacan, 1968: 55).

Del agujero en el Otro depende el borramiento de la traza que tiene como efecto el surgimiento del sujeto, la constitución del borde y del *enforma* de A, análogo al objeto *a*. Lo indecible que constituye la represión primordial puede inscribirse en el inconsciente como traza, de allí surge la potencialidad de un agujero en el inconsciente, agujero que designa, como marca en lo simbólico, un real que lo ex-siste. Esto significa que es preciso que algo se inscriba, que el nudo comience a trenzarse para que el agujero tome volumen. Por esto Lacan afirma: “si hay lo indecible (hace un momento lo evocaba), es un indecible que no se sostiene más que por esto; que nosotros lo anudamos”. (Lacan, 1975: 49).

Por lo tanto, a partir de la inclusión de la topología nodal, la Represión Primaria queda referida por Lacan al agujero del nudo que podemos situar entre real y simbólico. Inscripción de una letra, un S_1 , es decir, efecto de vaciamiento del agujero. Como habíamos anunciado anteriormente, estamos proponiendo dos tipos distintos de agujero; por un lado nos estamos refiriendo al agujero de lo simbólico -*Urverdrängung* como “raíz del lenguaje”-, efecto de la inscripción de una letra; y por otro lado al agujero inicial sobre el cual se efectúa esa operación de vaciamiento recién mencionada que implica la inscripción de un S_1 . Este agujero inicial o primordial es definido como pura cantidad en la teorización de Freud, o como torbellino en la lógica de Lacan. Podemos leer en dichas formulaciones que este agujero primordial no se presenta respecto ni de la falta ni del vacío, más bien se relaciona a “lo lleno”; cantidad irrupiente que debe ser extraída para que el agujero-torbellino se vacíe.

En efecto, en “El Seminario 22” Lacan distingue el Padre del Nombre del Nombre Del Padre y circunscribe un padre agujero, indecible e inimaginable. Este agujero es un torbellino:

“Y sobre eso no se puede decir que los judíos no sean gentiles! Ellos nos han explicado bien que esto era el padre, el padre que ellos llaman, un padre que ellos hacen en un punto de agujero que incluso no se puede imaginar: Soy el que soy, eso es un agujero, ¿no? Bien, es de ahí, por un movimiento inverso pues un agujero, si ustedes creen en mis esquemitas, un agujero hace torbellino, más bien traga. Y luego hay momentos en que eso escupe, ¿eso escupe qué? el nombre: es el padre como nombre”. (Lacan, 1974: 177).

Creemos poder situar al Padre del Nombre como la letra, y sostenemos que la inscripción de una letra produce un efecto de vacío –en tanto se recorta el objeto *a*- en lo que Lacan llama aquí “torbellino”; inscripción que será redoblada por la operación del Nombre del Padre, como

S₂, vía la metáfora paterna. En esta vía quedará articulada, en todo caso, la vertiente de la falta y el objeto *a* como versión fálica.

Diferenciamos entonces el agujero de lo simbólico del verdadero agujero que Lacan propone entre real e imaginario y que acabamos de articular con el torbellino. Lo enuncia así: “Lo simbólico se distingue por especializarse, si puede decirse así, como agujero. Pero lo sorprendente es que el verdadero agujero está aquí donde se revela que no hay Otro del Otro”. (Lacan, 1976: 132). Es decir, entre real e imaginario, ya que situamos allí el encuentro de cuerpos, encuentro con el goce del Otro; en cambio, entre real y simbólico ubicamos la inscripción del S₁, efecto del vaciamiento de esa pura cantidad.

A partir de este desarrollo podemos afirmar con Lacan que el nudo es la estructura, y que la escritura del mismo -o reescritura en algunos casos- comportará la posibilidad de pasaje del agujero- que situamos como pura cantidad- al vaciamiento y la escritura de los distintos agujeros en el nudo. Imaginario, simbólico y real alojarán su propio agujero.

Subrayamos que el nudo incluye la noción de tiempo, consiste en el trenzado de los tres registros y de un cuarto, como suplencia, que puede ser ocupado por algún elemento que tenga función de nominación. Ese trenzado implica la dimensión temporal como un elemento constitutivo del armado del nudo. Esto presenta a nuestro entender consecuencias significativas y precisas: la estructura se constituye “con” el tiempo. El tiempo puede pensarse en el mismo sentido que el agujero topológico, hace a la estructura, la constituye en su despliegue, ya que “todo el tiempo” se está trenzando.

Corte, borde y agujero en su articulación con la psicopatología psicoanalítica

Habiendo delimitado los tipos de agujero sobre los cuales Lacan aborda la estructura a partir de la última parte de su enseñanza, nos encontramos en este punto con la necesidad de precisar qué consideramos como agujero. Más precisamente, cómo se constituyen los agujeros, cuestión central tanto a nivel del diagnóstico psicopatológico como de la operación analítica.

El interrogante que nos orienta consiste en precisar si todo agujero se constituye a partir de un corte y se instaura por los bordes que el corte genera, pues en este sentido no habría agujero sin borde. Pierre Soury, invitado por Lacan en “El Seminario 25”, distingue dos operaciones sobre la superficie: corte y agujereado, y señala que para que haya corte es preciso contar con el agujero: “El corte puede ser presentado como algo “en más” (en plus) en relación al agujereado, es decir que se puede hacer un agujereado de entrada y a partir de ese agujereado cortar”. (Lacan, 1978: 39). Ahora bien, ¿cómo teorizar esta operación? Consideramos que consiste en agujerear el agujero inicial, efecto de vaciamiento en el encuentro con *l'angua*. Sirviéndonos de la topología podemos distinguir agujeros sin bordes –ubicamos allí el agujero inicial- de

agujeros con bordes. Pensamos que el corte implica situar al agujero inicial como vacío, a partir de una operación de escritura. Los agujeros anudados, con bordes, sólo se verifican en el plano por la escritura del nudo, revelando el *agujero* en términos de vacío que constituye la estructura. Por lo tanto, el corte y los bordes que el corte produce implican ya la inscripción o anudamiento del agujero.

En su intervención en el Coloquio de Bonneval, Laplanche nos brinda una conceptualización del aparato psíquico postulado por Freud que nos resulta interesante para la lectura que venimos ensayando. Allí se refiere a la represión original diciendo que este nivel de simbolización es el que crea el inconsciente, introduciendo “un lastre” (Laplanche, 1960: 125) que está ausente en el mundo simbólico del esquizofrénico. La represión original da nacimiento al inconsciente y produce la captura de la energía pulsional en las redes del significante.

Agrega luego que la energía de la contrainvestidura que sostiene la represión primaria proviene de la pulsión de muerte “esa pulsión se presenta como una fuerza radical e inmóvil o, mejor aún, lo contrario de una fuerza, un vacío por ejemplo, que no tiene relaciones con las pulsiones libidinales sino en el sentido de fundarlas”. (Laplanche, 1959: 131). Leemos esta idea de un vacío fundador en términos de agujero originario.

En la “Conferencia de Cierre de carteles”, de 1975, Lacan articula la represión primaria a la operación de “nombrar el agujero”: “Entonces trato de reducirme a no nombrar eso que junto con Freud, yo llamo el *Urverdrängt*, lo que se resume al final en nombrar el agujero”. (Lacan, 1975: 49). Se trata de la idea del inconsciente haciendo agujero en lo real y distribuyéndose alrededor de eso, que funciona como punto de atracción. Se desliza la topología, Lacan habla aquí de cómo se constituye el cuerpo del inconsciente y el cuerpo pulsional, superficies que surgen como efecto de operaciones sobre el “agujero original”; leemos allí que surgen del agujero, en tanto éste se vacía, de la mano de la nominación: “nombrar el agujero” como modo de la creación.

En un trabajo publicado anteriormente¹, tomando como modelo de aparato psíquico la “Carta 52” de Freud, sostenemos que en las psicosis podría situarse una falla entre la primera y la segunda transcripción, es decir en el pasaje del *Signo perceptivo* a la *Huella mnémica*. Dicho pasaje y nueva transcripción implicaría la pérdida del referente real -es decir de la cosa- permitiendo así el surgimiento de la huella de ésta, la génesis de la representación-cosa.

Nos interesa retomar dicho trabajo a efectos de articular lo que Freud llama allí *Signo Perceptivo* con la *traza*, tal como es definida en “El Seminario 16” de Lacan. En dicho Seminario el borramiento de la traza implica la posibilidad de surgimiento de la representación-cosa, intervención de lo simbólico que inscribe su borde dejando un resto. Entendemos que este resto originado por lo simbólico es lo que está ausente en el lenguaje esquizofrénico según Laplanche.

Este desarrollo aporta una orientación respecto de las estructuras psicopatológicas ya que podríamos proponer

que en el autismo se trata de un encuentro con el agujero entendido como torbellino; pura cantidad, concentración de energía, agujero lleno. Sin que se haya efectuado la traza, es decir, la operación de vaciamiento o nominación del agujero-torbellino, que implicaría extraer un S_1 , lo cual sería posible si hubiera inscripciones que fueran trenzando el nudo dando lugar a la constitución del sujeto, el Otro de lo simbólico, el objeto a , y el cuerpo. Consecuentemente al no producirse el vaciado del agujero-torbellino situaríamos un agujero sin bordes. El rechazo radical respecto del otro que habitualmente se describe para el autismo, más bien podría referirse a la imposibilidad del otro de ahuecarse para que el agujero se vacíe.

En cambio, en las psicosis pensamos que no se ha efectuado el borramiento de la traza que daría cuenta de la posibilidad de conformación del inconciente, con el efecto de agujereado que eso conlleva.

En cuanto a las neurosis, consideramos que es posible suponer un agujero con bordes, efecto de la operación de vaciamiento a nivel del inconciente y del cuerpo; producto de la traducción o reinscripción de la traza como huella mnémica. En este sentido planteábamos a la represión primaria como la inscripción del agujero en lo simbólico, -lo real en lo simbólico- y la constitución de los orificios pulsionales, como inscripción de lo real en lo imaginario, siendo el ombligo del inconciente y la pulsión cicatrices de dicha inscripción.

En el abordaje nodal que realiza en “El Seminario 22”, Lacan destaca el redoblamiento de lo simbólico en lo real y ubica allí al síntoma letra; y el redoblamiento de lo imaginario en lo real como fijación pulsional, en tanto bordes u orificios que se distinguen del objeto a como consistencia. Luego sitúa lo que se inscribe como redoblamiento de lo real en lo simbólico: angustia-letra, que en la teorización freudiana puede leerse como angustia fundante, trauma del aparato en términos de cantidad. Excedente que podrá luego ser tramitado por la angustia traumática y la angustia señal.

De este modo, el nudo muestra que lo real es lo que está por fuera del sentido, lo imaginario por fuera del goce fálico y lo simbólico por fuera del goce del Otro. O dicho de otra manera, el goce del Otro ex-siste a lo simbólico, el sentido a lo real y el goce fálico a lo imaginario. Es importante señalar que los agujeros de lo imaginario, lo simbólico o lo real, e incluso los campos de goce que el nudo escribe, ya dan cuenta de la escritura del nudo borromeo o no borromeo, pero respecto de la estructura psicopatológica ya constituida.

Estructuras disipativas

Sorprende que en “El Seminario 24” Lacan abra las cuerdas poniendo en continuidad imaginario y real, para decir que allí es lo simbólico, la función parlante, lo que aísla al hombre escribiéndolo como un círculo cerrado. Referencia matemática que nos permitirá revisar el concepto de estructura a partir de las definiciones de conjuntos abiertos y cerrados.

En topología el conjunto abierto se articula con la noción de entorno, un conjunto será abierto si todos sus puntos son interiores; entorno de todos sus puntos, cada uno de sus elementos está rodeado por elementos que también pertenecen al conjunto. En cambio, el conjunto cerrado contiene frontera, delimitándose un adentro y un afuera. Frontera o borde es una propiedad del conjunto cerrado. Punto compartido entre el conjunto y el complemento del conjunto. (Chamizo Lorente, 2004). Entonces: ¿conviene definir la estructura como un conjunto cerrado o la inclusión de la topología nodal nos permite pensarla como un conjunto abierto?

Será la noción de tiempo, a la luz de los desarrollos de la física contemporánea y sus efectos en la enseñanza de Lacan, la que nos permitirá revisar la nosología imperante al momento. Por eso en este apartado nos ocuparemos de abordar la estructura con la lógica del vacío. Nos serviremos para ello de las formulaciones planteadas por el físico Ilya Prigogine respecto del concepto de estructura, en función de su interés por los fenómenos irreversibles, cuestión que había quedado relegada tanto por la física cuántica como por la física clásica. Prigogine utiliza la noción de estructura disipativa distinguiéndola de las estructuras clásicas que se caracterizan por el equilibrio.

Los procesos irreversibles ponen en juego los conceptos de estructura, función e historia, de allí nuestro interés en su planteo. Según el autor, “...en condiciones alejadas del equilibrio, la materia tiene la capacidad de percibir diferencias en el mundo exterior y de reaccionar con grandes efectos a pequeñas fluctuaciones”, (Priogogine, 1988: 11) y agrega auspiciosamente que “...el no equilibrio constituye el dominio por excelencia de la multiplicidad de soluciones”. (Priogogine, 1988: 50). Añadirá que estos procesos, estudiados en la naturaleza, permiten una analogía con los sistemas sociales y la historia. Además propone una salida al binarismo entre ciencia y arte, que en su planteo quedan enlazados a partir del tratamiento que realiza sobre el agujero como vacío que causa.

El concepto que define los fenómenos irreversibles es la entropía interna que se corresponde con dos elementos dialécticos: un elemento creador de desorden y uno de orden; ambos ligados. Esto implica un cambio de paradigma, ya que clásicamente se asociaba el orden al equilibrio y el desorden al no equilibrio, siendo este el caso de la turbulencia: “Hoy sabemos que esto es inexacto: la turbulencia es un fenómeno altamente estructurado, en el cual millones y millones de partículas se insertan en un movimiento extremadamente coherente” (Priogogine, 1988: 49). Turbulencia es sinónimo de torbellino para la física contemporánea. El universo se crea a partir del torbellino que deviene del agujero. El torbellino no tiende al equilibrio y sin embargo mantiene una coherencia.

Desde esta perspectiva la irreversibilidad es fuente de orden, coherencia y organización. Es un concepto fundamental para los sistemas de auto-organización espontánea, el autor sostiene que: “...bajo el signo de la recuperación de la importancia del tiempo y de los procesos irreversibles se puede reconstituir una nueva alianza

entre el hombre y la naturaleza”. (Prigogine, 1988: 13). Nos interesa subrayar el vínculo que Prigogine propone entre la naturaleza y el hombre, ya que considerando que “el hombre forma parte de esta corriente de irreversibilidad que es uno de los elementos esenciales, constitutivos, del universo” (Prigogine, 1988: 13), se acentúa y anuda la interrelación necesaria entre el hombre y la naturaleza, cuestión que Lévi- Strauss ya había corregido planteando el lazo entre naturaleza y cultura como base del estructuralismo. Creemos que Lacan retoma este punto cuando dice que el cuerpo es “continuidad imaginario-real” en “El Seminario 24”.

La propuesta de Prigogine lleva a “una drástica revisión del concepto de tiempo que en la ciencia actual ya no es solamente un parámetro del movimiento, sino que ‘mide evoluciones internas hacia un mundo en no- equilibrio’”. (Prigogine, 1988: 15). Sus conceptualizaciones revisan la noción de evolución vía fenómenos reversibles. Cuestiona el antes y después a partir de lo que denomina irreversibilidad. Este movimiento basado en fuerzas y asociado a la idea de acontecimiento conforma la estructura. La idea es que la irreversibilidad se asocia a lo nuevo, en base a ello hace historia y función. Es lo contrario de pensar la evolución como el despliegue de algo que ya está dado de entrada y sólo le queda desplegarse en un tiempo concebido como lineal y cronológico. Esto conduce a delimitar las estructuras disipativas, caracterizadas por estar alejadas del equilibrio, sin por ello carecer de coherencia. Son estructuras abiertas cuyos movimientos presentan una lógica, pero que se eximen de la posibilidad de anticiparlos y formalizarlos como universales.

Nos proponemos articular esta noción de estructura disipativa con la concepción de estructura en términos nodales. Concebimos a *lalengua* -como enjambre de Unos- articulada a la estructura disipativa, a partir de lo cual se constituye el Otro simbólico y el otro semejante.

El traumatismo del *parlêtre* se circunscribe a esa operación de traducción del enjambre de Unos que definimos anteriormente. Será a partir del torbellino-turbulencia que se extrae una letra, un S_1 , que como tal toca el cuerpo contingentemente y expulsa del ser viviente una cantidad irrumpiendo y mortífera. A partir de allí, con nuevas traducciones se constituye el cuerpo, el objeto *a*, el Otro simbólico -como cadena en tanto forzamiento e interpretación del S_1 - y el otro semejante. De este modo, lo simbólico se crea de modo particular en el encuentro con el Otro a partir de *lalengua*. Situamos dos vertientes de dicha constitución: por un lado, como conjunto abierto, inscripción del S_1 en el cuerpo, y luego ese encuentro, en algunos casos, se anuda vía la neurosis en tanto cadena novelada por el Edipo.

Estas sucesivas re-transcripciones en el Otro a partir de las cuales se constituye el sujeto, definen al Otro como inconsistente respecto de su goce e incompleto respecto del significante. Entre ambas fallas hay una analogía que articula S_1 y objeto *a*, y que hace a la “vacuola” de goce del Otro. Perspectiva propuesta por Lacan en “El Seminario 16” que ahora podemos articular con la lógica de una estructura abierta, en función de la incidencia de la

relación entre sujeto y Otro y la movilidad que implica esta noción. El *parlêtre* se constituye, cada vez, en tanto se re-inscribe en dicho encuentro. En términos de estructura disipativa los tiempos instituyentes de la subjetividad se configurarían en esos encuentros entre cuerpo y palabra.

Consideraremos la incidencia de la estructura disipativa, como conjunto abierto y como resultado de fuerzas que se combinan, respecto de las estructuras psicopatológicas. Para ello nos preguntamos si algo persiste de lo disipativo en la estructura una vez constituida y hasta qué punto la estructura podría “sellarse” definitivamente. Para intentar responder a estos interrogantes recurrimos a la idea de Freud respecto de los dos tiempos en los que la estructura se constituye: infancia y adolescencia, como dos movimientos de apertura y cierre que dan lugar a nuevos modos de anudamiento. Ambos implican una revisión de la posición respecto del cuerpo, el goce y la palabra. No lo planteamos de modo universal, sino en relación a la psicopatología: neurosis y psicosis; tampoco lo pensamos en términos de edad cronológica, sino a modo de tiempos que implican fuerzas en movimiento; en este sentido consideramos tres posiciones posibles para el sujeto: infancia, adolescencia, persona grandes personas.

Creemos que lo disipativo persiste en la estructura psicopatológica estabilizada, siendo justamente aquello que por efecto de un acontecimiento puede llevar a la desestabilización, lo cual resulta muchas veces una oportunidad para la potencia de la subjetivación. Si entendemos al significante como una torsión de voz, (tal como lo define Lacan en “El Seminario 23”), que hace al deseo, al goce y al cuerpo, podemos ubicar en el decir la potencia de una fuerza que retraduzca las fuerzas de equilibrio-desequilibrio de una manera nueva, distinta al modo en que lo hizo la neurosis o la psicosis. En este sentido pensamos a las estructuras como movimiento y cambio, teniendo en cuenta que lo que las constituye es un agujero-torbellino, y que en todo caso ese agujero fue leído en términos de falta o forclusión, con los efectos de sufrimiento que ello conlleva.

En las estructuras disipativas caracterizadas por el no equilibrio subrayamos la apertura a las intervenciones externas. Podemos pensarlas como conjuntos abiertos que responden a una noción de borde no lineal ni previsible definiendo una relación “entre” los elementos que lo componen. Son estructuras flexibles.

La flexibilidad de las estructuras disipativas permite incluir presentaciones clínicas muy disímiles, a la vez que necesariamente invita a reformular la tarea del analista en tanto *atractor* de estos movimientos, ya que con la escritura de lo nuevo permitiría la fluctuación de nuevos movimientos, dando lugar a “múltiples soluciones”. (Prigogine, 1988: 50).

Finalmente, el concepto de agujero no queda atado a la noción de borde, sino de fuerzas; lo cual nos sirve de punto de apoyo para articular la posibilidad, como orientación en un psicoanálisis, de inaugurar lo nuevo. Una vez más nos apoyamos en Prigogine, quien postula que el mecanismo de aparición de nuevas estructuras es siempre un mecanis-

mo de amplificación de las fluctuaciones. Afirma lo siguiente: “Sin duda, para un estado próximo al equilibrio, este hecho es insignificante: las fluctuaciones mueren, y el ambiente vuelve a un estado homogéneo. Pero en una situación alejada del equilibrio puede producirse lo contrario: en vez de comprobar un retorno al estado inicial, vemos una amplificación de las fluctuaciones, y esta amplificación lleva a una situación nueva, que da lugar a una serie de posibilidades variadas...”. (Priogogine, 1988: 51).

Dijimos anteriormente que los fenómenos irreversibles se caracterizan por la entropía que va acompañada de la creación simultánea de orden y desorden. Conviene detenernos en este concepto ya que el mismo nos servirá de eje para desarrollar desde un nuevo ángulo la operatoria analítica. Uno de sus principios sostiene que se puede descomponer en dos partes: un flujo entrópico proveniente del mundo externo y otro propio del sistema considerado, éste corresponde a los fenómenos irreversibles.

Para Prigogine este segundo principio da cuenta de la estructura del universo. De allí que explique que “La transformación del espacio-tiempo en materia en el momento de la inestabilidad del vacío corresponde a una explosión de entropía, a un fenómeno irreversible. La materia corresponde en realidad a una contaminación del espacio-tiempo. Pero, como he subrayado repetidamente, la contaminación, la disipación, son productores a la vez de orden y desorden”. (Priogogine, 1988: 72). Nos detenemos en estas citas porque nos permiten sostener que, como dice el autor respecto del universo, es la función la que crea la estructura.

Entropía y resto desde Freud

Freud utiliza el concepto de entropía evocando la segunda ley de la termodinámica a partir de la cual no es posible un proceso cuyo resultado sea la conversión íntegra del calor en trabajo. De modo que hay cierta energía gastada que ya no es utilizable, por ejemplo, si se piensa en el rendimiento de una máquina. Designando una magnitud que mide la parte de la energía que no puede reutilizarse denota también el grado de irreversibilidad de un proceso. Esto, para la física clásica, daría la pauta del grado de desorden de un sistema físico. Freud teoriza este resto como aquello que causa la compulsión de repetición en términos de lo incurable, y lo que no puede ser dicho. En “Análisis terminable e interminable” ubica como causa de lo interminable de un análisis a esta cantidad con la cual el analista se encuentra en términos de roca viva de la castración y frente a la cual la interpretación se muestra inoperante, hasta cierto punto.

Ahora bien, Freud plantea que la interpretación preocupa a los practicantes jóvenes y sin embargo la dificultad mayor se encuentra según él en la maniobra de la transferencia. Este concepto, articulado a la presencia del analista es la clave para captar aquello que se presenta cuando las asociaciones realmente faltan. Freud sitúa entonces un modo de hacer con lo que resta a la palabra; en el manejo de la transferencia está la clave de la opera-

ción con ese resto. Podemos pensar entonces que hay un hacer diferente con lo que resta que puede ser transmitido al paciente, no como interminable, sino como lo imposible que habilita un decir distinto.

Por otro lado, constatamos en la conceptualización de Freud la conjunción palabra-cantidad, representación-afecto, representación-pulsión. De hecho es lo que define la práctica analítica: la abreacción de esa cantidad nociva en representaciones. Que la palabra afecta la economía libidinal de un sujeto podemos ubicarlo en tres referencias, sólo por tomar algunas. En “El chiste y su relación con lo inconciente” el autor propone que el chiste interviene en la economía libidinal del sujeto con efectos en el cuerpo. En el “El historial del Hombre de las Ratas” cuando aísla los puntos hiperestésicos del inconciente que causan su neurosis, situando el prefijo *rat* como mapa de goce que constituye todos los síntomas del paciente y la erotización del pensamiento. Y en “Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e históricas” donde el cuerpo no es sólo la imagen recortada por los vestidos, ni las zonas que han quedado marcadas por un exceso de afecto, sino también aquellas representaciones que constituyen el cuerpo donde se condensa una satisfacción. Es decir, la palabra conlleva un goce.

Es claro entonces que el concepto de entropía que utiliza Freud responde a la física clásica y al mismo tiempo la excede, por un lado la palabra es goce y por otro, hay un resto irreversible. El papel de este último dependerá de la posición del sujeto: puede funcionar como causa; de amar y trabajar por ejemplo -que es como Freud define la salud en tanto hay investidura libidinal vital- o, por el contrario, puede ser resto que fuerce a la repetición incesante de un sufrimiento.

La entropía en Lacan como punto de acceso al goce

En varias ocasiones encontramos que Lacan se refiere al concepto de entropía para explicar el punto de pérdida a través del cual tenemos acceso al goce. Dirá en “El Seminario 17” que:

“...la pérdida del objeto es también la hiancia, el agujero que se abre a algo que no se sabe si es la representación de la falta de goce (...) Por esta misma razón llamo plus de goce a lo que surge allí, no lo articulo como un forzamiento o una transgresión (...) escabullirse no es transgredir (...) aquí no se trata de transgresión, sino más bien de irrupción, una caída en el campo, de algo que es del orden del goce -un sobrante”. (Lacan, 1969: 18).

El acceso a un goce no es leído en términos de transgresión como había sido abordado en “El Seminario 7”, sino que la repetición, el saber, es medio de goce. El significativo a la vez que mortifica un goce crea otro que Lacan llamará plus de goce y formalizará como objeto *a*. El significativo es goce, por eso dice que en la “relación primaria del saber con el goce, ahí se inserta lo que corres-

ponde al significante”. (Lacan, 1969: 17).

Es decir que el ser mítico, previo a la inscripción del S_1 , es un ser afectado por el goce, por esto Lacan afirma que el punto de inserción del aparato significante es el goce, existiendo entre ambos una relación primaria, que hace de uno la condición del otro. Es letra que se inserta en el goce, pérdida y recuperación al mismo tiempo. S_1 como primera marca que extrae, al mismo tiempo que genera un goce que se alojará en los bordes del cuerpo. Luego, si se da el caso, se constituye la cadena que, a su vez, vía la repetición, genera goce. De ese S_1 al lazo; el S_2 depende del rasgo unario y consecuentemente toma la forma de discurso en tanto medio de goce.

Desde esta perspectiva consideramos la entropía como un punto de apertura a una noción de salud desde el psicoanálisis. Posibilidad para la intervención del analista ya que esa hiancia respecto de lo que no se puede nombrar o abreaccionar permite pensar una estructura abierta y por lo tanto factible al cambio y a lo Otro, en tanto lo nuevo.

El analista *atractor*

Nos interesa detenernos, para lo que sigue, en el concepto de atractor ya que lo tomaremos de guía en función de que resalta aquello que intentamos proponer respecto de la práctica clínica. Revisar la noción de estructura e incluir referencias tales como vacío, agujero y estructuras disipativas aerea la posición del analista; en última instancia invita a una reflexión sobre los efectos en la clínica. La orientación consiste en sostener una nueva línea de trabajo del hacer clínico que habilite modos que escapen a las lógicas de la dialéctica significante y de la falta, para hacer lugar al no- todo racionalizable.

Harari plantea una interacción particular entre torbellino y atractor. Manifiesta que un atractor consiste en “cualquier punto dentro de una órbita que parece atraer hacia sí el sistema”. (Harari, 1996: 132). Dentro de este grupo debemos especificar al atractor de punto fijo, que se caracteriza por la permanencia en reposo en un estado estacionario; y el atractor de ciclo límite, el cual supera las fricciones y las resistencias del aire y llega a oscilar de modo regular; en este último ejemplo se puede vislumbrar un principio de discernimiento.

El autor propone cierta frecuencia para ubicar el advenimiento de un torbellino. Dirá que su acceso sobreviene en la turbulencia como saldo de que un atractor de punto fijo haya cedido su lugar a uno de ciclo límite, frente a una primera oscilación de la estructura. Nótese que ya partimos entonces de situar oscilaciones en la estructura. Dirá que como efecto de la incorporación de este último atractor se produce una superficie de toro dada por la inscripción de las propias vueltas que fueron generadas por el ciclo límite. A continuación podría suceder que se elevase nuevamente la velocidad del recorrido, ¿qué sucedería en este caso? “...se desintegra el movimiento regular inicial en fluctuaciones aleatorias, de alcance *aparentemente caótico*. Empero, si se escribe geoméricamente este presunto caos, una presencia extra-

ña da cuenta de la presencia de polos de atractores cuya característica reside en retornos a la manera de laminillas...”. (Harari, 1996: 134). El caos tiene un orden, y así llegamos a un torbellino.

Harari hace una torsión respecto del planteo de la física para la cual turbulencia es sinónimo de torbellino. Ya que desde su lectura hay turbulencia, atractor simple, inclusión de atractor de ciclo límite, nueva elevación de velocidad y finalmente, torbellino. ¿Por qué esto podría ser relevante a la hora de repensar nuestra labor clínica? Encontramos un atisbo de respuesta: “... (el torbellino) da su lugar a lo aleatorio, a lo imposible de predecir (...) el caos introduce la intelección de lo que no anda, esto es, de lo Real, como testimonio de la ausencia de relación sexual”. (Harari, 1996: 135).

Si bien previamente hemos destacado la noción de *lalengua* con su relación al S_1 y su traducción, nos interesa ahora leer el impacto de *lalengua* desde la perspectiva del torbellino-atractor. Para ello partimos de suponer a la *lalengua* articulada a la estructura disipativa. Situamos, a su vez, que la traducción se da como resultado de que el torbellino escupa un S_1 . Si combinamos lo visto recién acerca de los atractores estamos en condiciones de afirmar que por el advenimiento de un atractor de ciclo límite se produjo un torbellino.

Sostenemos, desde esta lectura, que en la constitución subjetiva es el encuentro con el otro, lo que funciona como atractor. Sigamos a Freud en este punto: “...a partir del yo-realidad inicial, que ha distinguido el adentro y el afuera según *una buena marca objetiva*...”. (Freud, 1914: 130). La cita nos interesa por varias razones. En primer lugar da cuenta del advenimiento del yo que ya puede distinguir el adentro y el afuera. Para nada despreciable por cierto dicha facultad que en determinado momento el cachorro humano logra hacer, en el mejor de los casos, claro está. Ahí viene el segundo punto: la buena marca objetiva. ¿De qué dependerá? Si algo ha enseñado el psicoanálisis en sus diversos momentos es la relevancia del otro de los cuidados en el marco de la indefensión, de la prematuración. Es gracias a este encuentro que se constituye el cuerpo, el objeto *a*, el Otro simbólico y el otro semejante. ¿Por qué le damos entidad de atractor? Porque rompe la homeostasis de la estructura previa, inventa una nueva superficie y crea órdenes inéditos que no se materializan en procesos dialécticos; resuenan los afectos.

El encuentro con un otro encarnado opera como atractor; algo estrepitoso acontece: nace la subjetivación. Ahora bien, siguiendo los empréstitos de la física y la teoría del caos sostenemos la presencia de sistemas en movimientos caóticos. Ya hemos situado que un sistema así es impredecible; conocer su configuración en un momento dado no permite anticipar qué sucederá en un tiempo posterior. De todos modos, el movimiento no es absolutamente aleatorio.

Nos interesa subrayar esta propuesta en la medida en que la incidencia del tiempo es una variable a considerar. Así podemos pensar que el advenimiento de un atractor que cambie al sistema será algo aleatorio, fluctuante y contingente. Lo cual habilita a pensar las estructuras y sus

transformaciones a lo largo del tiempo e invita a sostener que el encuentro con un analista opera de atractor abriendo a múltiples posibilidades. Ahora bien, ¿qué soporte darle a esta concepción del analista atractor?

Lacan afirma: "... a partir del discurso Freud hizo surgir que lo que se producía en el nivel del soporte tenía relación con lo que se articulaba mediante el discurso. El soporte es el cuerpo". (Lacan, 1972: 220). A su vez, destaca la siguiente pregunta que ordena el problema: "... se plantea la cuestión de cómo ha logrado ese discurso atrapar los cuerpos". (Lacan, 1972: 222).

A la luz de estas citas se vislumbra la clara orientación que Lacan propone: la tensión y las influencias recíprocas entre discurso y cuerpo. Avanza destacando que el cuerpo es soporte. Una dimensión del cuerpo inédita; dirá:

"... ese cuerpo que los representa aquí y al cual, en tanto analista, me dirijo, porque cuando alguien viene a verme a mi consultorio, por primera vez, y yo escando nuestra entrada en el asunto mediante algunas entrevistas previas, lo importante es eso, es esa *confrontación de los cuerpos*. Es justamente porque de ahí parte, ese encuentro de los cuerpos, que cuando se entra en el discurso analítico ya no será más cuestión de eso". (Lacan, 1972: 224).

Confrontación de cuerpos de entrada, soporte del encuentro; algo de un orden diverso al discurso acontece en los inicios. Luego, entrada en el discurso... los cuerpos quedarían, pareciera, atrapados. Sin embargo, algo resta: "Entre el cuerpo y el discurso está eso con que los analistas se relamen llamándolo pretenciosamente los "afectos". Es evidente que estamos afectados en un análisis". (Lacan, 1972: 224).

La cuestión será entonces la incidencia del cuerpo en la dirección de la cura. La clave está indudablemente en que algo resta de esta aprehensión que el discurso hace respecto del soporte. El giro propuesto por Lacan será el analista *encuerpo*.

Así, articulando lo dicho acerca del caos, lo impredecible, los atractores que producen lo nuevo, consideramos que la confrontación de cuerpos podría hacer de atractor en la medida en que fue con un otro de los cuidados que se consolidó la subjetividad, ¿por qué no considerar que la misma se vea transformada por el acontecimiento del encuentro con un analista *encuerpo*? Interesa, especificar qué hace que dicho suceso pueda eventualmente tener la idoneidad de causar tal efecto.

La orientación del analista implicará preservar el agujero en términos de vacío, para que se constituya el deseo del analista en tanto "*encuerpo*" y el *parlêtre* como efecto de palabra. Para esto será necesario que el analista esté sostenido, en su acto, en una lectura no fálica respecto del agujero.

Lacan abre el horizonte:

"Si ustedes son psicoanalistas verán que es el forzamiento por donde un psicoanalista puede *hacer sonar otra cosa que el sentido*. El sentido es lo que resuena con la ayuda del significante. Pero lo que resuena, eso no llega lejos (...) El

sentido, eso taponar. Pero con la ayuda de lo que se llama la escritura poética, ustedes pueden tener la dimensión de lo que podría ser la interpretación analítica. Es cierto que la escritura no es eso por lo cual la poesía, la resonancia del cuerpo, se expresa. Pero es sorprendente que los poetas chinos se expresen por la escritura. (...) Hay algo que da el sentimiento de que no están reducidos a eso, es que ellos *canturrean*". (Lacan, 1977: 38).

Lacan se sirve de la referencia a la poesía china en tanto el canturreo se escribe en el cuerpo. Los poetas chinos introducen el tono que no es sin la resonancia. El alcance de este empréstito de Oriente es tal que Lacan acerca la interpretación analítica a este hacer artístico. Ahora bien ¿por qué?: "¿Cómo el poeta puede realizar esta hazaña, de hacer que un sentido esté ausente? Reemplazando, a este sentido ausente, por la significación. La significación no es lo que un vano pueblo cree. Es un término vacío". (Lacan, 1977: 38).

Nuevamente la referencia al vacío. Francois Cheng nos regala esta explicación: "Lenguaje abierto, estallado (...) Para los poetas sólo este lenguaje, movido por el vacío, es capaz de generar la palabra en la que circula el "aliento" y por consiguiente sólo él es capaz de *transescribir* lo indecible". (Cheng, 1977: 68).

Hacer que el aliento circule nos orienta respecto de lo dicho previamente acerca de la confrontación de cuerpos... el analista *encuerpo*, con tonos, habilita que los afectos irrumpen, embatan, modo freudiano de tramitar aquello no abreaccionado y de orientar lo que resta hacia una dirección que vitalice.

Conclusiones

A partir de lo desarrollado entendemos que pensar la estructura en términos de estructura disipativa desde la lógica nodal impacta en nuestra orientación clínica, en tanto incluye una noción de tiempo no cronológico y de fuerzas en constante movimiento, volviéndose entonces, fundamental el analista en su función de atractor. El concepto de irreversibilidad cuestiona la idea de un tiempo lineal o cronológico, y nos lleva a conceptualizar la estructura en articulación "con" el tiempo, lo que introduce un modo dinámico de pensar nuestro quehacer clínico.

Consideramos imprescindible la distinción que hemos realizado entre los conceptos de agujero, vacío y falta, no sólo en lo que concierne a la distinción de tipos clínicos, sino también en el modo de concebir la práctica analítica; ya que postulamos que es la versión de la pérdida o agujero inicial en términos de falo lo que lleva a la infinitización de la nosología y psicopatología psicoanalítica. En este sentido, repensar el diagnóstico a partir de la inconsistencia de la estructura, del no-todo, aloja el vacío estructural, y nos permite leer signos de un sujeto y no de un cuadro psicopatológico, sin olvidar que el horizonte ético del psicoanálisis es la salud.

Entonces, hacer una psicopatología que no confunda constitución del *parlêtre* con estructura psicopatológica

nos fuerza a distinguir el agujero en la estructura en términos de incompletud e inconsistencia, del agujero en lo simbólico producto de la represión primaria.

Por último, suponemos que distinguir tipos de agujeros, sirviéndonos de la topología, reintroduce la tridimensionalidad en nuestra clínica, fundada a partir del encuentro entre cuerpos, perspectiva que se omite en la bidimensionalidad del estructuralismo lingüístico. Sin embargo, entendemos que sólo pueden contarse los agujeros a partir de la puesta en plano del nudo, articulándose, cada vez, el realismo del nudo y lo que se pierde en su formalización. La apuesta consiste en repensar estos conceptos para que nuestra práctica, que no prescindir de la psicopatología, aloje un vacío sin pretender llenarlo, dejándose afectar por el tiempo y el no-todo, cada vez.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Algaze, D. y AA.VV. (2016). "Fundamentos metapsicológicos de la constitución del aparato psíquico en las psicosis". En *Revista Universitaria de Psicoanálisis*. Facultad de Psicología, UBA. En prensa.
- Chamizo Lorente, F. (2004). *Topología*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2004.
- Cheng, F. (1979). *Vacío y plenitud*. Madrid: Biblioteca de ensayo Siruela, 2004.
- Cheng, F. (1977). *La escritura poética china. Segundo de una antología de poemas de los Tang*. Valencia: Pre-textos, colección textos y pretextos, 2007.
- Freud, S. (1893). "Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e históricas". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, Vol. I, 1992. PP. 193-210.
- Freud, S. (1905). "El chiste y su relación con lo inconciente". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, Vol. VIII, 1997.
- Freud, S. (1909). "A propósito de un caso de neurosis obsesiva (El Hombre de las ratas)". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, Vol. X, 1992. PP. 119-263.
- Freud, S. (1915A). "Pulsiones y destinos de pulsión". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, Vol. XIV, 2003, PP. 105-134.
- Jullien, F. (2001). *Del 'tiempo'. Elementos de una filosofía del vivir*, Madrid: Arena Libros, 2005.
- Lacan, J. (1962-1963). *El Seminario*. Libro 10. *La Angustia*, Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Lacan, J. (1968-1969). *El Seminario*. Libro 16. *De un Otro al otro*, Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Lacan, J. (1969-70). *El Seminario*. Libro 17. *El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, 1992.
- Lacan, J. (1971-72). *El Seminario*. Libro 19. *...o peor*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1974-75). "El Seminario. Libro 22. R.S.I.". Inédito.
- Lacan, J. (1975). "Respuesta de Jacques Lacan a una pregunta de Marcel Ritter". En *Suplemento de las Notas*, (Escuela Freudiana), noviembre 1980, N°1.
- Lacan, J. (1975). "Jornadas de los carteles de la Escuela Freudiana de París". Inédito.
- Lacan, J. (1975-76). *El Seminario*. Libro 23. *El Sinthome*, Buenos Aires: Paidós, 2011.
- Lacan, J. (1976-77). "El Seminario. Libro 24. El fracaso del Un-desliz es el amor, a la manera del seminario oral de Jacques Lacan". México: Artefactos, Cuadernos de notas, 2008.
- Lacan, J. (1977-78). "El Seminario. Libro 25. El momento de concluir". Inédito.
- Laplanche, J. (1960). "El Inconciente: Un estudio psicoanalítico". En Ey, H., *El inconciente (Coloquio de Bonneval)*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1970.
- Prigogine, I. (1988). *El nacimiento del tiempo*, Buenos Aires: Tusquets Editores, 2012.
- Ruiz, C. (2002). "Topología y escritura en psicoanálisis", Conferencia dictada en el Hospital de Emergencias Psiquiátricas T. de Alvear. Buenos Aires. Inédito.

NOTAS

- ¹"Fundamentos metapsicológicos de la constitución del aparato psíquico en la psicosis". En *Revista Universitaria de Psicoanálisis*. En prensa.